

mias y de la oratoria de la plaza pública, subsisten en toda su realidad inmensa, humildes violetas del gran prado social, las escuelas primarias. Hay necesidad de bajar la cabeza, adolorida por el manejo forzado del telescopio, hacia las sencillas verdades del vivir común. Por eso una visita a las escuelas colombianas, hecha más con el corazón que con las piernas, fuera una obra de la mayor importancia.

Una peregrinación similar a la que Luis Bello acaba de hacer, demandaría en Colombia dos cosas: una indiferencia absoluta por el reloj y por el calendario y una capacidad juvenil para la aventura.

¿En cuánto tiempo podría un colombiano de hoy, aun echando mano de ciertos recursos locomotivos como el avión y el ferrocarril, recorrer el territorio patrio, el país escolar?

¿Y cómo no catalogar, al mismo tiempo, como una extraordinaria aventura, ese viaje lento, a través de montañas?

En esas condiciones de aspe-
reza material y de cuantioso
gasto de tiempo, el viaje toca
los límites de toda quimera y
muy seguramente, no habrá en
los días actuales un solo colombiano que tuviera la fe apostólica necesaria para emprenderlo.

Pero subsisten la belleza y la fuerza del tema que nos prestan la correría y la cátedra de don Luis Bello, profesor de idealismo en las épocas actuales, y cabría preguntarnos si dentro del espíritu de todo colombiano culto no habría los recursos indispensables para intentar a lo menos el viaje mental hecho con los ojos cerrados y los músculos en reposo.

Ese experimento es relativamente sencillo, porque así como el paisaje físico que rodea a la escuela ofrece una variedad estrafalaria, el ambiente en que se mueven maestros y discípulos es de una monotonía simplificadora.

Regadas en la superficie fatigante del país distraído, cientos de escuelas, pobres las más, menesterosas, prolongan la noción de una patria con su sola presencia. Por encima de toda la penuria circundante, la figura del maestro asume y disgrega

un poder centrífugo que es la escuela misma.

Hasta la casa de paredes blancas, desprevenida para la función materna que la sociedad y el estado le asignan, el niño y el adulto llegan un día deseosos de mutar un poco de su fresca animalidad en una mediana validez mental. Junto al tablero y al alfabeto, utensilios primordiales de su colonización íntima, habrá una bandera, el retrato de un prócer, símbolos de una nacionalidad, representaciones vivas de una historia. Mediante tales símbolos, el maestro convierte al individuo, carne de censo, en el ciudadano, carne y alma de la república.

El abandono ejecutivo y la incuria legislativa, una concepción sonámbula y avara de la función docente, han permitido que ese maestro viva casi siempre en proximidad peligrosa a la caricatura, al «género chico.» Y es lo natural esperar que mientras tal situación se sostenga, llegando en veces a constituir la topografía misma de la acción escolar, es imposible hacer una patria.

Si las escuelas pudieran un día, mediante recursos milagrosos, cobrar una anatomía humana y disponer así de un idioma, habrían de erguirse como una procesión de sombras ante la sociedad y ante los cuerpos administrativos.

Habría que oír entonces una de las querellas más estremecidas, igual a aquella que desde el libro de Luis Bello se levanta para señalar como un índice a un estado y a una política.

Entonces habrían de emerger en todo su color y fuerza pungente las mil pequeñitas miserias, toda la tragedia anónima de la mesa rota y del maestro hambreado, que acompaña, como su salsa natural, la faena del alfabetista.

Hace cuatro o cinco años, cuando la irrigación del oro extranjero permitió en Colombia la adopción de un plan de obras públicas de mediano lustre, empezó el país a estrenar una filosofía y una retórica nuevas que hoy han hecho crack. Se decía por aquellos tiempos benignos que la gran labor de enseñanza, que el aprendizaje

práctico de la vida, lo proporcionaban los rieles. Se ha podido ver que todo aquello era insensato. Hay algo en la vida integral de los pueblos que nada podrá reemplazar y es la emoción humana de la enseñanza.

Merced a los avances estridentes de la mecánica, un día vendrá en que los hombres se atiborren de conocimientos mediante máquinas parlantes y así

quede suprimido del todo ese soplo carnal, voz de la sangre y de la raza, que vibra, como un latigazo de vida, a través de nuestra formación escolar.

Pero mientras adviene la menguada época, preciso es defender al maestro, iluminar la escuela, mover, como Luis Bello, con manos de angustia, una fuerte acción que los revalúe.

Jaime Barrera Parra

Una oda de Horacio

=De Estudios. Panamá=

No me extraña, señores, que las generaciones modernas no adoren la gracia risueña, florecida de rosas, perfumada de vino, del poeta maravilloso que escribió la oda a Leuconoe: «¡Oh Leuconoe! no trates de violar la ley sagrada averiguando qué fin los dioses señalaron a tus días o a los míos, ni pongas a prueba los números babilónicos. ¡Cuánto mejor es someterse a todo lo que pueda suceder, ya sea que Júpiter nos haya señalado inviernos numerosos, ya nos haya concedido como el último de nuestra vida éste que ahora revienta al mar Tirreno contra las rocas que lo encierran! Sé sabia; filtra tus vinos, y aparta del breve minuto de tu vida toda eterna esperanza. Mientras hablamos el tiempo celoso se va. Aprovecha el día fugitivo y no creas demasiado en el mañana.»

No me extraña, dije, porque la fiebre de la vida no nos permite siquiera conocerlo. ¿Y cómo podremos amar lo que no conocemos? ¿En virtud de qué adivinanza misteriosa podría presentir nuestro corazón rebelde y tormentoso la fuente infinita y cristalina de armonía y de dulzura, que encierran sus versos ignotos?

El conocimiento es el principio del amor y el amor es la fuente de mayor conocimiento. Por eso la culpa reside en nosotros, en quienes tenemos la suerte de haber paladeado la miel sagrada que las doradas abejas de Tibur sacaron de los rosales florecidos del vergel de Horacio, y que no hemos sabido cumplir con el deber humano de enseñar a gustarlo a estas generaciones sublevadas que están empezando a balbucir de nuevo los versos rudos de una nueva edad de piedra.

Culpa nuestra también, porque la obra y la vida de Horacio están al alcance de todos, la obra en traducciones francesas admirables, y la vida en sus libros, pues aunque Suetonio se hubiese callado las breves noticias que nos da, de los propios versos del poeta salen dispersos los datos principales de su vida.

Se llamaba Quinto Horacio Flaco y había nacido bajo el consulado de Aurelio Cotta y de Manlio Torcuato el año 689

de Roma, en Venusia, en los confines de la Apulia y la Lucania, en donde retumba el Aulido impetuoso, que hoy llaman los italianos el Ofanto. El mismo alude a su infancia en la oda a Caliope, la musa de la armonía melodiosa.

«Desciende del cielo, oh reina de las musas, oh Caliope. Haz oír al compás de la flauta un canto prolongado, o, si lo prefieres, haz que tu voz sonora se eleve a los acordes de la lira de Apolo... En las faldas del Vultur, que se extiende más allá de la Apulia, mi tierra natal, un día de mi infancia, cansado de jugar, me quedé dormido, y mil palomas misteriosas vinieron a cubrirme de ramas verdes. El prodigio admiró a cuantos habitaban en el nido escarpado de Aquerontia, en los bosques de Bantia y en los fértiles valles de Forente: sólo los dioses podían dar a ese niño la seguridad necesaria para dormir en medio de los osos y las víboras, sin más abrigo que esas ramas sagradas de mirto y de laurel.»

Hijo era de un simple liberto, recaudador fiscal, que a fuerza de trabajo llegó a tener una mediana fortuna, que gastaba lleno de alegría en educar a ese hijo, cuyo genio su amor de padre supo presentir.

«Si pocos defectos, pequeños y leves,—dice en la sátira VI del Libro I,—ensombrecen mi carácter, que siempre fué bueno... si nadie puede con razón ponerme tacha de avaricia, de vicios vergonzosos o indigna torpeza; si haciendo libremente mi propio elogio puedo decir que es mi vida pura e inocente y cara a mis amigos, todo ello se debe a mi padre, quien, pobre como era, dueño a penas de un terreno escaso, no quiso sin embargo mandarme a la escuela de Flavio, a donde iban por algún dinero pagado en los idus del mes, con su saco de apuntes y sus tabletas bajo el brazo, los hijos de los nobles centuriones, y me llevó hasta Roma misma para que allí aprendiese cuanto todo caballero o senador quisiera que enseñasen a su propio hijo... Mi padre mismo me acompañaba a casa de todos mis maestros... y supo preservar en mí el pudor delicado, flor de la virtud.»

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349